

JORNADA CUARTA

ESCENA PRIMERA

Terraza en la Pardina.

GREGORIA, disponiendo la mesa para servir al CONDE su desayuno; VENANCIO, con la cabeza vendada; SENÉN, que entra por el fondo con una maletita de mano.

SENÉN

Aquí me tenéis otra vez.

VENANCIO, abrazándole.

Senén de todos los demonios, te juro que me alegro de verte.

GREGORIA

Muy pronto has vuelto de Verola.

VENANCIO

¿Qué?... ¿traes instrucciones de la Condesa?

SENÉN

Sí... lo primero, que me alojéis aquí... Descuidad: os molestaré muy poco.

GREGORIA

Te pondremos en el cuartito de arriba.

VENANCIO

Próximo al del Conde. Sin duda la señora quiere que nos ayudes á quitarle las pulgas al león.

GREGORIA

¡Y qué pulgas, Senén!

SENÉN, fijándose en la venda de Venancio.

Ya, ya llegó á Verola la noticia de tu descalabradura. Una caricia de la fiera.

VENANCIO, renegando.

¡Que uno aguante esto!

SENÉN

Es un viejo de cuidado. Á los setenta años conserva los músculos de acero de sus buenos tiempos, y la voluntad de bronce. No hay quien le amanse. Te digo que más quiero verme ante un tigre hambriento que ante el Conde de Albrit irritado.

VENANCIO, dando patadas.

Pues yo le juro que de mí no se ríe. Un hombre libre, que vive de su trabajo y paga contribución, no está en el caso de sufrir esas arrogancias de figurón de comedia.

SENÉN

Poco á poco, Venancio. La señora Condesa me encarga te diga que... tengas paciencia.

VENANCIO

¿Más paciencia, jinojo?

SENÉN

Y que sigáis guardándole las consideraciones que se le deben por su rango, por sus desgracias, sin perjuicio de vigilarle...

GREGORIA

Y si nos mata, que nos mate.

VENANCIO

Por si acaso, desde ayer le vigilo... con un revólver.

SENÉN

Calma... (Receloso, mirando.) ¿Vendrá por aquí?

GREGORIA

Me ha mandado que le sirva el desayuno en la terraza.

SENÉN

Pues le espero.

VENANCIO

¿También traes instrucciones para él?

SENÉN

No; pero necesito... sondearle. Ya sabéis: soy muy largo; me pierdo de vista. Con que... me tenéis de huésped.

GREGORIA, cogiendo la maleta.

¿Vienes á tu cuarto?

SENÉN

Luego. Me atrevo á suplicar á mi simpática patrona que en el cuidado de esta maleta ponga sus cinco sentidos. La quiero como á las niñas de mis ojos.

VENANCIO

¿Qué traes ahí?

GREGORIA

Pues pesa, pesa...

SENÉN

Es mi relicario. Recuerdos, cositas que sólo para mi tienen interés. Y juro por mi honor, que no la estimaría más si la trajera llena de brillantes del tamaño de almendras. En fin, Gregoria, usted me responde de ese tesoro.

VENANCIO, mirando por la derecha.

El león viene.

GREGORIA

Voy por el café.

ESCENA II

VENANCIO, SENÉN, EL CONDE, GREGORIA

EL CONDE

Buenos días... Hola, Senén. ¿Qué traes por aquí?

SENÉN

¿Qué ha de traer el pobre más que las ganas de dejar de serlo?

EL CONDE

Y con las ganas, la decidida voluntad de enriquecerte. Eres joven; tienes estómago de buitre, epidermis de cocodrilo, tentáculos de pulpo: llegarás, llegarás... ¿Y tú, Venancio?... ¿Cómo va esa herida? Vamos, hombre, no es para tanto. Poco mal y bien quejado. Ya estarás bien.

VENANCIO

Todavía, todavía... El señor tiene un genio imposible.

EL CONDE

Sí, sí... Y tú crees que la miseria debe ser mordaza y grillete para este genio maldito que me ha dado Dios. No sé, no sé: gran domadora es la pobreza; pero soy yo muy bravo. Me propongo contenerme dentro de la humildad y sumisión; pero llega un momento de prueba... un insensato que con frase agresiva me ofende, echándome al rostro mi humillante miseria, y entonces... ¡ay! no soy dueño de mí, pierdo la cabeza...

GREGORIA, poniendo en la mesa el servicio de café, que se compone de piezas de latón y loza ordinaria.

Aquí tiene, señor.

EL CONDE, sentándose.

Pero no tardo en recobrar mi serenidad de persona bien nacida y bien educada; vuelvo á sentir la hidalga benevolencia con que he tratado siempre á los inferiores, y... ya tienes al león aplacado, y pesaroso de su fiereza...

VENANCIO

Pensara el señor esas cosas antes de levantar el palo...

EL CONDE

Es mi manera de aleccionar á los que quiero bien... En fin, Venancio, hoy, como ayer, te pido que me perdones. Yo no te faltaré... pero has de guardarme, fijate bien en esto, la consideración que me debes... (Á Senén.) ¿Quieres café?

SENÉN

Mil gracias, señor Conde. Me desayuné con aguardiente y buñuelos en el parador.

EL CONDE, examinando el servicio con repugnancia.

¿Pero qué servicio es éste?

GREGORIA, para sí.

Fastídate, viejo regañón.

EL CONDE

¿Qué habéis hecho de la cafetera y del jarrito de plata en que me servisteis estos días?

VENANCIO

Mandamos que los limpiaran, y...

GREGORIA

Y para no hacer esperar al señor...

EL CONDE

¿Y aquellas tacitas de porcelana fina...? En fin, con tal que el café esté bueno... (Se sirve.) ¿Lo has hecho tú?

GREGORIA

Con muchísimo cuidado... Veremos si hoy está á su gusto.

EL CONDE, probándolo.

¿Qué es esto? (Con asco.) ¡Agua indecente de achicoria... y recalentada... y fría!... Vamos, las sobras del café de anoche, que ya era malo adrede... (Cogiendo el pan y tratando de partirlo.) ¿Y de dónde habéis sacado esta piedra que me dais por pan?... Con ser tan duro, no lo es tanto como vuestros corazones.

VENANCIO

Culpa del panadero, señor...

EL CONDE

Culpa de vuestra sordidez villana. (Les arroja el pan.) Echad esto á vuestros perros, y dadme á mí lo que para ellos tenéis, pues de fijo les dais trato mejor que á mí. Guardad esta preciosa vajilla, no se os deteriore, no se os desgaste en mi servicio. (Arroja al suelo todas las piezas de loza y latón.) ¡Queréis aburrirme, queréis hacerme imposible la vida! Al último pastor de ca-

bras, al último mendigo que llegara con hambre á vuestra puerta, le harías la limosna sin humillarle. ¿Por qué, ingratos, me humilláis á mí?

VENANCIO, que aterrado, lo mismo que Gregoria, no sabe por dónde salir.

Se servirá otra vez... Nosotros...

EL CONDE, con arrogancia.

No quiero. Me quedaré en ayunas.

SENÉN

Eso no. Mandaré traerlo del café...

EL CONDE

No te molestes... (Á Venancio y Gregoria, con majestuosa indignación.) No tenéis ni un destello de generosidad en vuestras almas ennegrecidas por la avaricia; no sois cristianos; no sois nobles, que también los de origen humilde saben serlo; no sois delicados, porque en vez de dar un consuelo á mi grandeza caída, la pisoteáis, vosotros que en el calor, en el abrigo de mi casa, pasasteis de animales á personas. Sois ricos... pero no no sabéis serlo. Yo sabré ser pobre, y puesto que con vuestras groserías me arrojáis, me iré de esta casa, en que no hay piedra que no llore las desgracias de Albrit.

SENÉN, con afectada gravedad y adulación.

Los deseos de la Condesa son que se prodiguen al señor todas las atenciones que merece por su categoría...

EL CONDE

Ya lo veis: esa mujer liviana y sin pudor es más cristiana que vosotros, y más generosa y delicada.

VENANCIO, turbadísimo, tragándose la ira.

La Condesa no puede mandarme... yo... digo, la Condesa es mi señora... dueña de todo...

GREGORIA, vivamente.

De la Pardina no.

VENANCIO

La Pardina es mía.

EL CONDE, arrogante.

Sea de quien fuere, y en tanto que decido si me quedo ó me voy, no quiero veros. Idos de mi presencia.

VENANCIO, dudando.

Decíalo pronto, porque...

EL CONDE, despidiéndoles con gesto de autoridad.

Pronto.

VENANCIO, saliendo con Gregoria.

Sufrámosle un día más, un solo día.

GREGORIA

Y es mucho... ¡jinojo!

ESCENA III

EL CONDE, SENÉN

EL CONDE, serenándose.

Siéntate aquí, Senén... Tengo que hablar contigo.

SENÉN, con fatuidad, sentándose.

Nada más temible que esta plebe hinchada, señor, estos patanes hartos de bazofia, que porque han logrado reunir cuatro cuartos se atreven á medirse con las personas *comilfot*...

EL CONDE

La villanía es perdonable; la ingratitud, no... En mi cuarto había un lavabo bastante bueno, muy cómodo para mí. Ayer me lo han quitado esos viles, poniendo una palangana de latón de este tamaño, como las que hay en los asilos...

SENÉN, afectando indignación.

¡Qué atrocidad!

EL CONDE

Parece que escogen las servilletas y manteles más sucios para ponerlos en mi mesa. Saben que me gusta la mantelería limpia...

SENÉN

Pues, como he dicho, traigo instrucciones precisas de la Condesa... ¡Oh! crea usía que si se entera de estas infamias, se pondrá furiosa...

EL CONDE

Si. Me odia, como yo á ella; pero no desconoce que mi persona exige atenciones, respetos...

SENÉN

¡Qué duda tiene...!

EL CONDE

Y aunque obra suya es seguramente la intriga que se traen Carmelo y el Doctor para arreglarme una jaula en los Jerónimos...

SENÉN, haciéndose de nuevas.

¡Oh! no sé... no tengo noticia...

EL CONDE

Pues sí: desde ayer andan de mucho trasteo conmigo. Yo les calo la intención... y me hago el tonto... Pero dejemos esto, Senén, que de cosa más grave y de mayor transcendencia para mí quiero hablarte.

SENÉN

Ya escucho.

EL CONDE, receloso.

¿Nos oye alguien?

SENÉN

Nadie, señor. Estamos solos.

EL CONDE

Estos miserables se ponen en acecho tras de las puertas, oyendo lo que se habla.

SENÉN, examinando las puertas.

Nadie nos oye. Puede hablar el Excelentísimo Sr. D. Rodrigo de Arista-Potestad.

EL CONDE

Dudo mucho que seas bastante afecto á mi persona para responder á todo lo que te pregunte.

SENÉN

Usía debe contar siempre con mi adhesión incondicional... (dándose importancia) como cuento yo con que el señor Conde no ha de pedirme nada contrario á mi dignidad.

EL CONDE, asombrado.

¡Tu dignidad!... Dispénsame: creí que no la habías adquirido aún... Ya sé que estás en camino de adquirirla... vas muy bien... llegarás.

SENÉN

Señor Conde de Albrit, aunque humilde, yo... me parece.

EL CONDE

Nada, nada. Ya no te hago las preguntas.

SENÉN

¡Ah! puede usía interrogarme con toda confianza. (Queriendo familiarizarse.) Señor Conde... de usía para mí... (Se atreve á ponerle la mano en el hombro.) Entre amigos...

EL CONDE

No, no, porque si salimos ahora con que hay dignidad, ó esta dignidad es incorruptible ó es venal... En el primer caso, Senén, no me dirás nada... en el segundo... Soy pobre y no podré cotizarla en lo que vale.

SENÉN, afectando seriedad.

Creo que nos hallaríamos en el primer caso.

EL CONDE

Pues, hijo... (Despidiéndole.) Adiós.

SENÉN, queriendo provocarle á la interrogación, para conocer su pensamiento.

Si el señor Conde me lo permite, diré una palabra. Usía quiere preguntarme... algo referente á su hija política, en el tiempo en que tuve el honor de servirla.

EL CONDE

Y cuando aún no habías echado dignidad.

SENÉN

La eché después... Y ahora, sin faltar al respeto que debo á usía, tengo el sentimiento de manifestarle que por gratitud, por estimación de mí mismo, por mil razones, no puedo en manera alguna revelar secretos que no me pertenecen.

EL CONDE, con vivo interés.

No se trata de secretos... que quizás no lo sean para mí. Quiero tan sólo informaciones exactas acerca de una persona...

SENÉN

Ya...

EL CONDE

Íntimamente relacionada...

SENÉN

Comprendido.

EL CONDE

El pintor Carlos Eraúl. Tú estuviste á su servicio algún tiempo, al dejar el de mi hijo; tú... (Con ardor.) Senén, por lo que más quieras, por la memoria de tu madre, revélame cuanto sepas.

SENÉN, con pujos de delicadeza.

Sr. D. Rodrigo, por todos los gloriosos antepasados de usía, le ruego que nada me pregunte, pues antes perdería la vida que responderle.

EL CONDE, con intenso afán.

Dame al menos alguna luz... sin ofender á nadie, sin faltar á los respetos que debes á tu ama. Dime: ese hombre era de baja extracción.

SENÉN, secamente.

Sí.

EL CONDE

Hijo de un pobre vaquero de la ganadería de Eraúl, en Navarra. (Senén responde afirmativamente con la cabeza.) El cual, despedido por mala con-

ducta, se metió á contrabandista. (Con triste humorismo.) Carlos, el hijo, también despuntó por el contrabando...

SENÉN

¡Oh, no...!

EL CONDE

Sé lo que digo... Su genio pictórico le abrió camino. Fuera de la educación artística, que se debió á sí mismo y al estudio del natural, era un ignorante, un bruto...

SENÉN

Poco menos.

EL CONDE

Ni alto ni bajo, moreno, de ojos negros... vigoroso... voluntad potente... (Senén afirma.) Su apellido era Vicente, pero él firmaba con el nombre de la ganadería: Eraúl.

SENÉN

Exacto.

EL CONDE

Le conoció Lucrecia en una de esas rifas ó *kermessas* que organizan las señoras para...

SENÉN, interrumpiéndole.

Basta, señor Conde. No sé nada más.

EL CONDE, impéioso.

Responde.

SENÉN, inflado como un sapo.

No sé nada. Usía no me conoce.

EL CONDE, rabioso.

Te conozco, sí. Tu discreción no es virtud; es... cobardía, servilismo, complicidad. No eres el hombre digno que calla la culpa ajena; eres el esclavo, obediente á los halagos ó al látigo del amo que le compró. (Apostrofándole con solemne acento.) ¡Maldigate Dios, villano! Que la luz que me niegas, á ti te falte. ¡Que enmudezca tu voz para siempre, que cieguen tus ojos! ¡Que vivas sin poseer la verdad, rodeado de tinieblas, en eterna y terrible duda, palpando en el vacío, tropezando en la realidad!... ¡Que busques la justicia, el honor, y encuentres mentira, infamia, dentro de un vacío tan grande como tu imbecilidad!... (Con desprecio.) Vete, vete; no te acerques á mí.

SENÉN, á distancia.

¡Demonio!... Saca las uñas el león... ¡Hola, hola!... (Vuelve el Conde á su asiento. Entra Nell con un servicio de café, elegante, en bandeja de plata.) ¡Ah!... señorita Nell... (Ofreciéndose á tomar de su mano la bandeja.) Déme acá.

NELL

No, no... ya puedo.

SENÉN, aparte á la niña.

Cuidadito con él... Está de malas. (Vase.)

ESCENA IV

EL CONDE, NELL; después DOLLY.

EL CONDE

¡Ah! Nell... ¿qué traes ahí?

NELL

¿Cómo habíamos de consentir que no te desayunaras? Hemos reñido á Gregoria.

EL CONDE

¡Oh! ¡qué ángel!... Á ver... ¡Oh, esto sí que es bueno!... recién hecho... ¡qué aroma!... Dios te bendiga.

NELL

No merezco yo las bendiciones, sino Dolly, que es quien te lo ha hecho.

EL CONDE

Pero la idea habrá sido tuya. (Se sirve.)

NELL

No quiero engalanarme con plumas ajenas. La idea fué de ella... Se ha puesto furiosa... Y á Venancio, le ha echado una buena peluca.

EL CONDE

¡Atrevidilla!

NELL

Le gusta cocinar... y sabe... ¿Qué tal está?

EL CONDE

Riquísimo... ¿Dices que Dolly sabe cocinar?

NELL

Le gusta. Quiere aprender. Pues ahora está preparando un guisote, y luego te hará fruta de sartén. Verás qué bueno.

EL CONDE

¡Qué criatura! Dile que venga.

NELL

Cree que estás enfadado con ella, y no se atrevé á venir.

EL CONDE, imperioso.

Que venga, digo.

NELL, en la puerta de la casa, llamando.

Á Dolly, que venga. Dolly, ven... Dice que no está enfadado.

DOLLY, con mandil de arpillera, remangados los brazos.

Abuelito, con esta facha no quería presentarme á ti.

EL CONDE

Ven... no seas tonta... Gracias, chiquilla, por el excelente café que me has hecho.

DOLLY

Y si me dejase Gregoria, te haría un arroz... que te chupabas los dedos.

EL CONDE, sonriendo benévolo.

Bien, bien... Vaya, posees el genio de dos artes muy difíciles: la pintura y la culinaria.

DOLLY, haciendo una graciosa reverencia.

Para servir á usía, señor Conde.

NELL

Mientras nosotras estemos aquí, no te faltará nada, papaito.

EL CONDE, á Dolly.

Pues aplicate, hija, aplicate, y serás una excelente cocinera. Quizás te conviene más de lo que tú crees. ¿Y Nell, no guisa?

NELL

¡Ay! yo no sirvo para eso. Me da repugnancia... Además, no sé; vamos, que no me gusta.

EL CONDE

Cada cual según su temperamento.

DOLLY, riendo.

Ésta es tan *finística*, que para fregar un plato, es preciso que el plato esté limpio.

NELL, riendo.

Ésta es tan á la pata la llana, que no lava las cosas sino cuando están muy sucias.

DOLLY

Claro.